que solo la ven, en el brillante apego a las reglas de la antigüedad, ni los críticos de hoy que juzgan la poesía de acuerdo a un nuevo academicismo, la poesía de moda, y olvidan las referencias de tiempo y espacio.

No pretendo agotar la riqueza de la poesía de Gallardo, al que interese en mayor número de datos lo remito a su libro *Leyendas y romances*, San Francisco (1868), reimpreso en Guadalajara (1952). Poemario de donde recojo todos los fragmentos de los poemas citados.

Leyenda y romances contiene poemas fechados entre 1850 y 1867, y sus otros poemarios están editados dentro de este período. Por lo que creo que su estado de ánimo puede variar con los sucesos felices o desgraciados, pero su visión del mundo de principio a fin debe de ser la misma.

1 El fragmento de este poema está tomado del libro de Emmanuel Carballo, *Ramón López Velarde en Guadalajara*. Guadalajara, 1952. pp. 38-39.

2 "melancólica viudez", prefigura la peculiar tónica Velardeana.

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

DON ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE

Por Mario PUGA

AL trasponer el umbral, admitidos en su apacible casona por don Artemio de Valle-Arizpe, hemos traspuesto las lindes del presente para ingresar en el pasado. Reina aquí la Colonia, y en ella uno de los más fecundos escritores mexicanos de nuestros días, cuya vida dedicó a la recreación de aquel ambiente y aquellas costumbres y personajes. Don Artemio —67 años, alto, porte caballeresco, piel sonrosada— es, en sí mismo, el redivivo personaje de más de uno de sus relatos. En su jovial y hospitalaria actitud nos recuerda a su don Rafael Rivadesella, protagonista de su narración "Las flores del pino".[1]

Rodeado de las cosas que ama, obras de arte y muebles coloniales del más exquisito y refinado gusto, goza del ambiente en que desenvuelve su vida metódica y tranquila, sin más preocupación o interés que devolver a la luz lo que siglos atrás fuera luz: Personajes de convento, de Corte o de callejuelas sombrías; pasajes de la vida de la Nueva España, hechos y sucedidos singulares, cuya prestancia procede de la magia de lo maravilloso que les acompaña.

El tradicionalista mexicano es ejemplo cabal de escritor que se abstrae del mundo contemporáneo para adentrarse en la realidad pretérita. No es ésta una actitud exclusivamente romántica. No llega al pasado por el simple impulso del sentimiento; es por la vía del estudio, que le ha dado un sólido conocimiento del objeto de sus preferencias. Si bien es cierto que la vuelta al pasado es, fundamentalmente, gesto romántico, a este gesto se añade una sincera vocación histórica, y un no oculto desinterés por las cosas del presente. Don Artemio de Valle-Arizpe no es un aficionado de la tradición; es él mismo, personaje de la historia que le embebe y le recrea, le mueve a la vida y al estudio, causa y objeto de su actividad de escritor. Vive, pues, en la más completa ascepción, en el pasado. Es un tradicionalista por naturaleza, más que por afición.

Desinterés por el presente

—Soy apolítico, pero no soy ajeno al hombre y sus tribulaciones— nos dice.

—Reconozco que la búsqueda del pasado, allá por los años agitados de la Revolución maderista, fué un modo de escapar al imperio de la *canallocracia*. El caos que me rodeaba, hizo de mi vocación histórica el objeto único de mis preocupaciones.

Le recordamos que en alguna época de su juventud participó de la política.

—Sí, en los finales del régimen del general Porfirio Díaz. Mi padre, también un apolítico dedicado a sus negocios particulares, fué designado por don Porfirio gobernador de mi Estado natal, Coahuila. Mi padre se rehusó con empeñosa terquedad, pero el General sabía lograr sus propósitos. Emplazó a mi padre a escoger entre su amistad y, entonces, colaborar; o ser su enemigo, y atenerse a las consecuencias. Mi padre no podía perder el amigo y aceptó. Así vine a ser yo, un joven de veinte años, persona de posibilidades políticas. —Hace una pausa, sobre el rostro se extiende una sonrisa plácida, de recuerdos lejanos—. Para mí fué una sorpresa, no diré que desagradable. Sencillamente no me interesaba. Un día recibí un telegrama. Se me comunicaba haber sido elegido diputado nacional por el distrito de Comitán de las Flores, Chiapas. No tenía ninguna idea de la política. Sólo siete meses hacía que optara el título de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. Mi nombramiento era un beneficio inesperado. No sabía qué hacer. Mas creí de mi deber aceptar el cargo y cumplirlo, en mi modesta medida. Mi suplente de esta diputación fué un novelista brillante y fogoso, don Emilio Rabasa.

Nos mira interrogante. Guardamos silencio. Y agrega:

—¡Qué quieren ustedes! Así se manejaba la política de la época.

Don Artemio no se ha animado poco ni mucho durante este relato. Muy erguido sobre el duro sillón frailero de recto espaldar de añosa encina, habla casi sin gesticulaciones. Es un caballero de ascéticos modales.

Al producirse la revolución de don Francisco I. Madero, don Artemio abandona su fugaz papel político y se dedica a su profesión de abogado. Fué ésta, también, una actividad que no le satisfizo. Nos dice un poco burlón:

—Guardo mi título de abogado como México guarda la estatua ecuestre de don Carlos IV, como un adorno. Mi vocación profunda era el estudio de la historia, particularmente la de la Nueva España y comienzos de la República.

Con posterioridad don Artemio viajó largamente por Europa. —Mi primer viaje fué como Secretario de nuestra Legación en Madrid, y más adelante ocupé cargos análogos en Bélgica y Holanda. De aquella época guardo el recuerdo de mis investigaciones en los archivos peninsulares, que contribuyeron mucho a encauzar definitivamente mi ambición de escritor. Después formé parte, junto con Alfonso Reyes, de la Comisión de Estudios Históricos de la que era jefe don Francisco A. de Icaza y en seguida me reintegré de nuevo a la Legación, igual que Reyes, durando en ese puesto cosa de cinco años.

Amado Nervo y la "Revista Moderna"

—Conocí accidentalmente a Amado Nervo. Una mañana, camino de mi Escuela de Jurisprudencia, pasaba yo por la calle de la Perpetua, hoy Venezuela, cuando de pronto salió de una casa de por ahí un señor a toda prisa, quien me dijo: "Joven, por favor busque usted un médico, pues a mi madre le ha dado algo." No fué para mí difícil cumplir con el urgente ruego, pues en la esquina estaba y aún está, la Escuela de Medicina de la que salí con dos estudiantes. Al día siguiente creí por cortesía preguntar cómo estaba la enferma y me enteré por boca del mismo señor, que ya se encontraba bien. Me dió su nombre y me quedé pasmado al oírlo: Amado Nervo. Me preguntó en seguida qué estudiaba, le dije que jurisprudencia y rodando luego la conversación fué a dar a la literatura y le manifesté que era su constante lector, que muchos de sus versos me los sabía de memoria y era su admirador fervoroso.

—Me invitó a volver a su casa y cuando fuí a los pocos días y después de conversar un rato, me dijo que había visto que estaba yo muy enterado de cosas literarias de México, España y Francia; y que si yo escribía y le manifesté que, en efecto, escribía cartas a mi familia pidiéndole dinero, y que componía cuentos (lo de los versos me lo callé por pudor). Me pidió que le mostrara alguno y días más tarde le llevé el titulado "Los últimos deseos de Nerón". ¡Dios nos valga! Se lo leí y lo oyó con bondadosa paciencia. Lo elogió y me dijo que lo acompañara y fuimos a la calle de Cordobanes en donde estaba la redacción de la "Revista Moderna". Allí me presentó con su director y dueño, don Jesús E. Valenzuela, José Juan Tablada y Julio Ruelas, a quienes le dijo Nervo: "Oigan esto que les voy a leer".

—Les agradó o lo aparentaron, que fué lo más probable, el engendro ese; me dijo Tablada unas frases halagadoras y otras Valenzuela, quien dijo a Ruelas: "Toma eso e ilústralo." A poco apareció publicado en la "Revista Moderna", sin ilustraciones de Ruelas, pero, en cambio, con este encabezado: "Autores que comienzan", que puso el propio Valenzuela o, acaso, Amado Nervo.

—Este cuento y otros por el estilo que compuse, estaban influenciados visiblemente por la lectura del libro de Julio Lemaitre "Al margen de los viejos libros". Esta publicación en la "Revista Moderna" en la que no escribían sino los primates de la literatura de esos tiempos, me valió la cordial antipatía de varios compañeros de la Escuela de Jurisprudencia y principalmente de uno, muy ampuloso, cuyo nombre no digo, se me engalló y me reclamó con mucha retumbancia de palabras "que por qué diantres a mí me publicaban cosas en esa singular 'Revista' y no a él que ya estudiaba cuarto año de Leyes y escribía sonetos." Le contesté, humildemente, que ya que tenía esos grandes y singulares méritos, esperara por ahí cerca de la casa de Valenzuela o de la de algún otro redactor, para ver si se necesitaba algún médico para alguno de su familia a quien le hubiese dado cólico o ataque.

La amistad con los Palma

Recuerda con satisfacción y deleite su estancia en Madrid, ciudad en la que hace entrañable amistad con dos de los hijos de don Ricardo Palma, el gran tradicionista peruano. Angélica, la inteligente conservadora de los papeles paternos, y Clemente, el fino y rico cuentista, le avivan los ruegos de su amor al pasado. Aunque conocedor de las *Tradiciones peruanas* —que fuera también lectura de su juventud— es al contacto de los hijos del autor peruano, que descubre el espíritu jovial, irónico y no pocas veces satírico del travieso cronista. El ánimo de don Artemio, más dado al misterio de las cosas sacras, movido por su amor ascético y su interés por los místicos españoles, encuentra un estímulo más para el tratamiento ligero y amable de numerosas anécdotas coloniales mexicanas.

Por otra parte, de la erudita inteligencia de don Luis González Obregón había recibido ya aliento para su apasionada búsqueda de la tradición novohispana.

—Por los años de la primera década del siglo —recuerda—, fatigaba con frecuencia la atención de don Luis González Obregón, a quien considero mi maestro en los achaques históricos.

De él recibe el apego a las fuentes de primera mano, el trato cuidado y elegante de las informaciones y el gusto por la reconstrucción fiel de ambientes y circunstancias.

Otra influencia que aprovecha al sensible espíritu de don Artemio es la brillante generación española del 98. El espíritu suyo coincide en el interés por el conocimiento del pasado nacional que mueve a los más destacados escritores de esa generación, bajo el ejemplar estímulo de don Francisco Giner de los Ríos en el Instituto de Enseñanza Libre. Como en los casos de Valle-Inclán y de Azorín, de don Miguel de Unamuno y del mismo don Manuel Azaña, don Artemio va al pasado nacional en busca del venero profundo del alma popular, queriendo desentrañarla en la muestra de sus costumbres, en la ejemplaridad de sus más altos varones, en la dedicación a obras edificantes. Pero de ellos le diferencia, como de don Ricardo Palma, su apego a la Religión. Esta nota lo acerca, por otra parte, al marqués de Villaurrutia, autor de celebradas obras históricas.

Don Artemio no es un libre pensador, ni siquiera un hombre con audacias agnósticas y pretensiones liberales. Es de una pieza: conservador, sólidamente formado en el Colegio de San Juan que regenteaban los padres jesuítas en su natal Saltillo, se mantuvo fiel al ambiente católico del hogar paterno. Mientras que don Ricardo Palma, por ejemplo, se ríe de las costumbres, hace cuchufletas de los milagrosos sucedidos coloniales y no respeta las pretendidas alcurnias y mayorazgos virreynales —a los herederos republicanos de esas viejas casas de abolengo y rancios títulos—, don Artemio cree en los milagros, los narra con unción devota, y de ellos extrae siempre una conclusión moralizadora. Ricardo Palma es, por el contrario, con más propiedad un *tradicionista,* hombre que acude a la tradición para crear un efecto renovador, destruyéndola con su fuerza irónica y satírica. Don Artemio es en cambio, un *tradicionalista.* Cuanto sus manos tocan y su pensamiento piensa, se hacen tradición, cobran el lustre y el colorido vetustos de lo histórico, o, por el contrario, cuando la historia se convierte en leyenda entre los vuelos de su fantasía católica, revive la tradición como pasado, le da nueva vigencia.

El resultado es que en tanto las "tradiciones" de don Ricardo Palma fueron la mejor y más piadosa muerte de un pasado colonial caduco en los agitados años republicanos del Perú, en don Artemio de Valle-Arizpe es nueva partida de bautismos y espaldarazo que arma caballeros a los trasgos antañones. La aristocracia de México venida a menos, puede renovar sus sueños con las páginas tersas y candorosas de don Artemio. Pero, los anémicos herederos de la aristocracia peruana encontraron en la de don Ricardo, regocijo los menos, ironía y amargor los más. Al fin y al cabo, don Ricardo Palma era hombre del llano y mulato; don Artemio, de prosapia y blanco. Don Ricardo amaba al mestizo, don Artemio ama sin reservas al blanco. Una hojeada a sus páginas nos da esta evidencia: todos sus protagonistas son españoles peninsulares o criollos, pero en todo caso blancos, de rubias cabelleras, de claros o azules ojos, de modales atildados y buenos guardadores de fama y fueros.

El culto al pasado

Don Enrique González Martínez, que calificara a don Artemio de ser "nuestro primer novelista colonial", descubre bien lo que venimos diciendo:

"Vivió usted desde su mocedad en la Colonia; asistió a los saraos de los virreyes; se interesó por los personajes que desfilaron por la Nueva España durante tres centurias; anduvo en las intrigas de la Corte, trató con arzobispos, frailes y visitadores; bebió jícara tras jícara de chocolate y se hartó de almibaradas golosinas en conventos de monjas; asistió a toma de hábitos de profesas; oyó a nuestra Sor Juana decir lindezas ante el severo claustro de los doctores; tuvo aventuras con tapadas en callejuelas tortuosas; desnudó el acero frente a la luz que ardía junto a la imagen llagada de un Cristo de retablo... Y uno de tantos días, por uno de esos milagros en que usted cree a pie juntillas o por artes mágicas que usted se cuida de poner en duda, se nos descolgó en este siglo de submarinos y aereoplanos y en esta ciudad antes de piedra y ahora de alfeñique". [2]

Y don Carlos González Peña dice: "es el creador de la novela artística de ambiente colonial". [3]

Don Artemio es, en efecto, hombre del pasado, que le habita en todos sus momentos. El habita, asimismo, en el pasado. Mas, ¿cómo es que se convirtió a este culto de modo tan acendrado y cabal?

—Este amor que tengo por las cosas pasadas procede de mi infancia— nos explica. Siendo niño, en la casa paterna gozaba ya con la contemplación de un par de estribos en cruz, finamente cincelados; unas espuelas de largas agujas para herir los ijares de la cabalgadura, que igual servían al caballero para defenderse de un ataque; despertaron en mí

la curiosidad por la Conquista y la Colonia.

De la contemplación de objetos de arte y las artesanías coloniales el joven Artemio pasó a la admiración y la lectura de viejos infolios iluminados.

—De entre los libros de mi padre preferí aquellos. Recuerdo aún los grabados de imponentes castillos, de caballeros armados y de vírgenes y santos medievales. Conservo viva en mi memoria una preciosa estampa del rey Asuero, de grande y rizada barba patriarcal que llenó mi imaginación.

El paso siguiente fue la lectura asídua y voraz de los clásicos españoles. El Siglo de Oro, desde místicos y ascéticos hasta la picaresca y la comedia de costumbres fueron caudalosa fuente en la que bebió grandes incitaciones, que en vez de aplacar su red de pasado, le movieron a entrar en sus propios empeños. Don Artemio reconoce que entre las lecturas que más han influído en la formación de su gusto literario y en determinar su vocación, se cuentan: *Escudero Marcos de Obregón, El Lazarillo de Tormes* y *Vida del Buscón don Pablos;* trilogía de la picaresca que más se grabaron en su espíritu juvenil. Pero, señoreando por encima de toda la literatura clásica, están las aventuras del iluminado don Alonso Quijano.

—Mis primeras lecturas del maravilloso personaje de don Miguel de Cervantes —nos explica— me hicieron reír; pero en la medida que me adentré en la hondura de sus empresas y desatinos, pasé de la risa a la tristeza y del regocijo a la compasión.

Se unen a estas influencias peninsulares, las de autores mexicanos. Don Artemio se entusiasma recordando las páginas de *El Periquillo Sarniento* y su emoción es visible al recordar versos y prosas de Sor Juana de Asbaje.

—Vea —nos dice mostrándonos los tres tomos lujosamente encuadernados en antigua piel española—. Esta es la edición de 1709 de sus Obras Completas. Aquí ha trabajado el doctor Alfonso Méndez Plancarte, mi dilecto amigo recién desaparecido, los textos que su erudición ha sabido restaurar para las Obras Completas que está publicando el Fondo de Cultura Económica.

Desinterés por el presente

En los años de la lucha revolucionaria, don Artemio es de los pocos que se mantienen al margen de la contienda, desinteresados de la lucha en sus días, él, como Ermilo Abreu Gómez, don Francisco Monterde, don Manuel Toussaint y otros más, dedican sus esfuerzos al estudio histórico nacional. Reaccionan, al mismo tiempo, contra la bohemia romántica, aquella de alón, chambergo, largas cabelleras, corbata negra papillón. Por estos años es más un auditor que escritor. Son años de aprendizaje y observación. En alguna oportunidad don Enrique González Martínez lo recuerda: "Va usted rompiendo aquellos largos años de pereza literaria en que su hoja de servicios de escritor se hallaba en blanco o casi en blanco. Y es que tuvo usted la cautela del que no quiere salir desapercibido a los campos del arte, sino preparado y dispuesto. Entró primero en la vida y el alma de la Colonia, y hasta que no la hizo suya, no vino a contárnosla en su buen romance sápido y oloroso." [4]

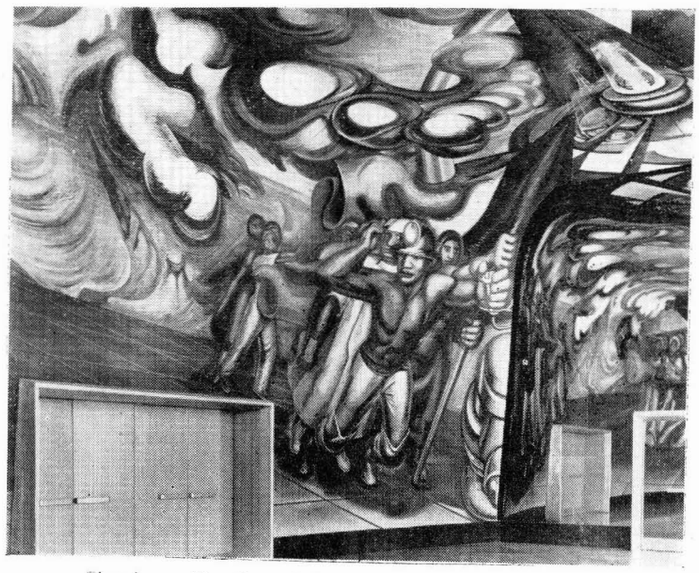
Tan prolongado había sido el silencio de don Artemio que se le consideraba sólo un "literato de ambiente", de aquellos que sienten y viven el arte, pero no escriben.

Mas estos largos años de observación y aprendizaje conocieron de esfuerzo y tentativas frustradas. Don Artemio nos cuenta con sencilla franqueza:

—Aun siendo muy joven, escribí dos libros. Uno de ellos fue una novela que titulé "Entre el oro en la Parva". Era un feo producto del realismo español y del crudo naturalismo francés. Cuantas veces lo leía menos satisfecho quedaba. Decidí romperla y, así, sus páginas las entregué alegremente al viento.

Del grupo de amigos de los años de la segunda década del novecientos, sólo don Artemio se dedicó al género de la tradición, la leyenda y la historia noveladas. Logró hacerse de un lenguaje adecuado. Su léxico es rico y abunda en términos de la época de sus asuntos. Aunque este gusto por lo arcaico del lenguaje crea, sin duda, dificultades a no pocos de sus lectores. Comprendiéndo-

(Pasa a la pág. 32)



Siqueiros: *Mural en el Hospital de la Raza (lado sur)*

ARTES PLASTICAS

Por J. J. CRESPO DE LA SERNA

Siqueiros: *Mural en el Hospital de la Raza (detalle)*

DESDE el momento en que el pintor de antes y de ahora escoge el espacio intacto de un lienzo de pared, lisa y uniforme, o la luneta que remata un vano, o la comba de una cúpula o techo abovedado, tiene ante sí la tarea de resolver muchos problemas. Esto es obvio y no es la primera vez que se dice. Sólo quiero aquí recordarlo porque se olvida —y cómo— hasta por los propios pintores. Para abordarla con éxito y con honradez artística hay que meditar mucho, experimentar mucho, estudiar mucho, pues indudablemente su carácter específico entraña grandes responsabilidades estéticas, profesionales y sociales.

Uno de esos problemas —ya lo sabemos o debíamos saberlo— es que tal realización no está limitada a un ámbito doméstico, es decir: ni por sus dimensiones ni por su temática podría seguir siendo un objeto más de una casa, palacio o iglesia. El tamaño exige, paradojalmente en apariencia, menos libertad de lo que se ha estado haciendo en la pintura destinada al hogar. El lugar en que va a estar esta clase de pintura acrece ipso-facto su alcance de perspectiva y hace imprescindible ir a las mayores síntesis posibles (de ahí el error que siempre ha constituído el proceso demasiado descriptivo y detallado, porque se pierde por completo su efecto, contemplado el cuadro a la distancia).

La pintura de caballete o la estampería grabada, que sucedieron en cierta época de la historia a la mera pintura mural, después del Renacimiento sobre todo, no son menores que ésta en sus resonancias y efectos, claro está. Pero, en cierto

DON ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE

(Viene de la pág. 22)

lo, don Artemio trabaja con empeño sus originales, habiendo hecho de este esfuerzo un lema: "Dejar oscuro el borrador y el verso claro", gusta decir. Como consecuencia, se propone un estilo de franciscana sencillez.

—Me propongo en cada una de mis obras formar con palabras comunes un estilo no común. He vuelto a escribir pacientemente, una y otra vez, mis textos, para adquirir el medio tono de la sencillez.

Una obra reconocida

—En 1924 —nos dice— fuí electo académico y por entonces yo era el más joven de la docta corporación.

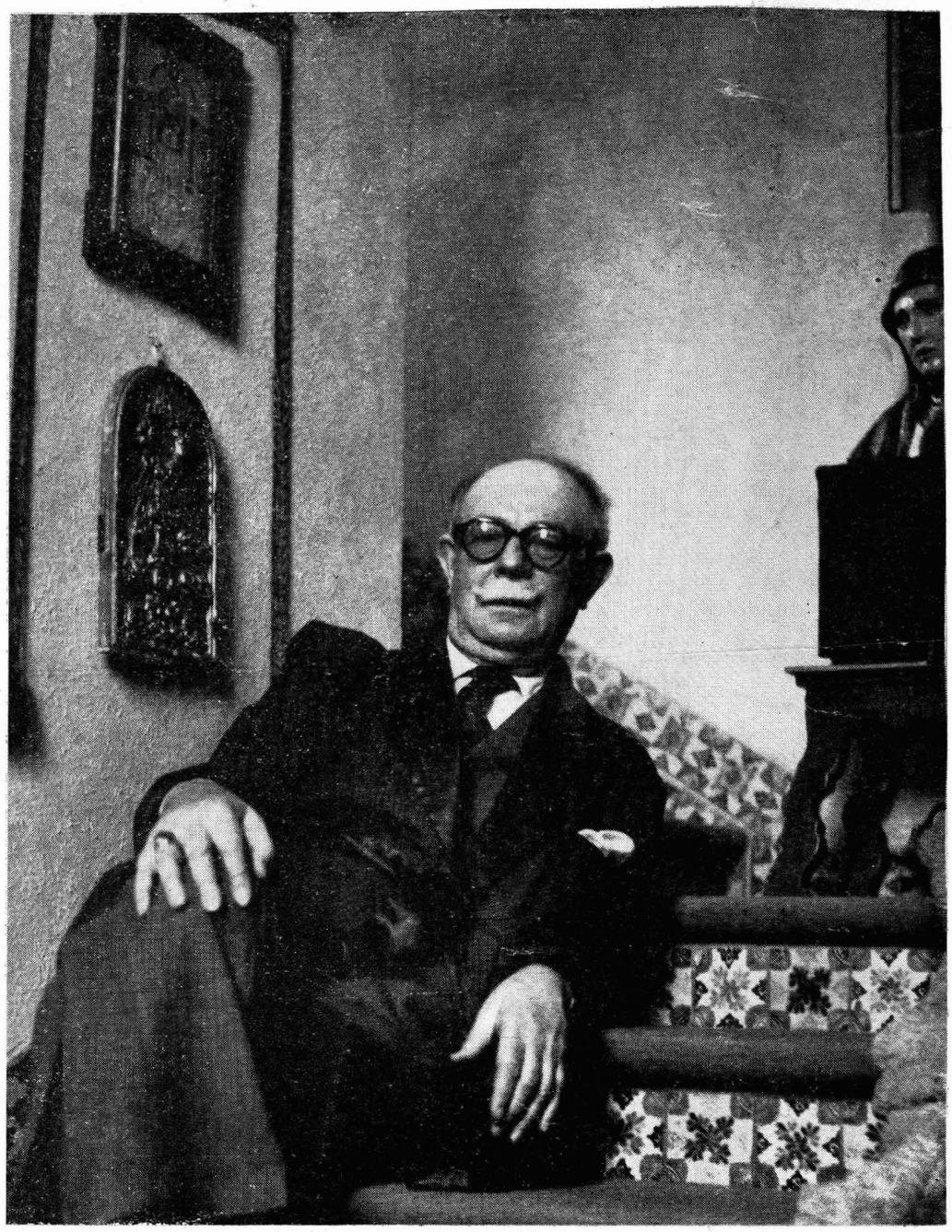
Don Artemio de Valle-Arizpe ha llegado a la plenitud de su vida con la satisfacción de

De la historia, una novela

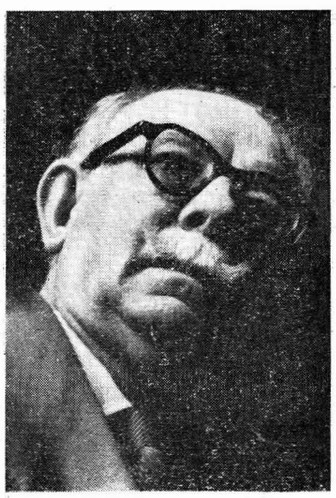
merecer el reconocimiento general. Tanto en México como en España y en los países hispanoamericanos, sus obras encuentran un público amable y bien dispuesto a incursionar en la vieja realidad de la Colonia, llevados de la mano por la prosa galana y arcaica del autor. La Ciudad de México lo ha nombrado su cronista oficial y honrándose lo ha honrado dándole su nombre a la calle en que vive. Es el único escritor contemporáneo a quien en vida se le ha hecho este homenaje.

En el género que, según Ricardo Palma, se debe señalar como iniciador al soldado irlandés Richard Longeville, de las huestes libertadoras de don Simón Bolivar y quien escribió una crónica de Venezuela, es don Artemio, por ahora, el más distinguido cultor.

En un erudito artículo que le dedicara el Marqués de Lozaya, indica que el valor principal del género de la tradición, consiste "en que sustituye la historia científica por la tradicional" y señala que don Artemio ha logrado hacer de la



... Don Artemio se queda entre los "suyos"... (Fotografías de Ricardo Salazar.)



De la leyenda, una crónica

interpretación poética de la Historia, el objeto casi exclusivo de su actividad literaria.[5] Y, algo más: Don Artemio, como un demiurgo, hace de la historia una leyenda o una novela; de la leyenda, una crónica; de la conseja o la anécdota, un relato bien aderezado de gracia y donosura. En todo caso, al placer de la reconstrucción de escenarios y personas, une el goce de la lección que sabe extraer de cada uno de los asuntos en que ocupa su pluma y que siempre son una valiosa contribución para dar a conocer la grandeza de México.

Al despedirnos del autor de tanta obra celebrada del viejo México, tratamos de ver su imagen tal como nos viste la prosa de la vida contemporánea. No es posible. Le vemos aún como uno de sus apacibles castellanos de centurias pasadas. La virtud de la atmósfera de su hogar le inunda. Una cohorte de frailes, de dignatarios y cortesanos, de caballeros y gentes de los varios estamentos virreinales aureolan su imagen.

"Don Artemio se queda entre los suyos", pensamos, sintiendo cerrarse tras de nosotros la puerta de su casona.

De la conseja, un relato

1 Artemio de Valle-Arizpe, *Cuentos del México antiguo*. Espasa-Calpe, Buenos Aires. Sexta edición, 148 pp.

2 Carta de don Enrique González Martínez a don Artemio de Valle-Arizpe, de 21 de agosto de 1936. Vid. *Abside*, núm. 3, 1954.

3 Carlos González Peña: *Historia de la literatura mexicana*. México, D. F., 1928, p. 515.

4 Carta a don Artemio de Valle-Arizpe, de 28 de septiembre de 1922. Vid. *Abside*, Núm. 3, México, 1954.

5 Vid. *El Debate*. Madrid, 1934.